



Columna

Jaime Fauré,
Académico Psicopedagogía,
Universidad Andrés Bello



Tecnología en las aulas: las voces que faltan

Estas semanas se ha discutido bastante sobre la posible modificación de la ley N°20.370, que busca regular el uso de celulares y dispositivos tecnológicos en las aulas chilenas. Para algunos, la tecnología se ha convertido en la causa de numerosos problemas educativos. Se le acusa de generar dependencia, promover la distracción e incluso deteriorar el pensamiento crítico. Para

Escuchar a docentes y estudiantes significaría reconocerlos como agentes activos y conscientes, capaces de discernir y aportar ideas coherentes y fundamentadas.

El problema, entonces, no está en la tecnología misma, sino en cómo se integra en los procesos educativos. El celular, la tablet o el computador no son más que herramientas, que pueden ser tan poderosas como inútiles. La clave está en cómo las usamos para potenciar el aprendizaje, fomentar la creatividad y desarrollar habilidades críticas en los estudiantes.

Por lo tanto, en esta discusión falta una pieza clave: la voz del profesorado y del alumnado. Nos hemos con-

otros, en cambio, la tecnología representa la esperanza de poder entrar, por fin, al siglo XXI. ¿Cómo se podría prohibir la esperanza? Sin embargo, se ha pasado por alto un punto esencial: la tecnología, por sí sola, no es ni buena ni mala, es neutral. Todo depende del uso que le demos.

centrado tanto en regular y controlar que hemos olvidado que son ellos quienes experimentarán, de primera mano, el impacto de estas políticas. Ahora bien, no se trata simplemente de preguntarles si creen que es útil o no usar el celular o el computador en clases. Se trata de invitarlos a sumarse a la reflexión sobre cómo, por qué, para qué, dónde y cuándo debemos usar la tecnología, qué efectos esperamos que tenga en el aprendizaje y qué rol debería jugar en la formación. Escuchar esta voz reflexiva debiese ser esencial para quienes toman decisiones políticas.

El beneficio de hacer esta consulta con ellos sería enorme. Escuchar a docentes y estudiantes significaría reconocerlos como agentes activos y conscientes, capaces de discernir y aportar ideas coherentes y fundamentadas, algo a lo que deberíamos acostumbrarnos en este país. A ver si, de una vez por todas, dejamos nuestra tendencia a hablar cuando debemos escuchar. En educación este es un error que es crucial corregir si realmente queremos avanzar.

Es hora de dejar de imaginar cómo serán las escuelas con o sin tecnología y empezar a escuchar a quienes realmente viven el día a día en ellas. Para ello, necesitamos un enfoque que no solo se centre en el control y la regulación, sino también en la reflexión que nos lleve hacia un uso responsable y crítico de la tecnología. Hagámoslo de la mano de las comunidades educativas, desde la reflexión crítica. ¿Cómo podemos construir una educación para el mañana sin contar con ellos hoy?